

## La carta inconclusa

*Una carta digna de ese nombre se escribe en un impulso de admiración o de indignación; de exageración, en una palabra. Una carta sensata nace muerta.*

É. M. Cioran

En Barcelona, salvo por la rutina del invierno, nada parecía que fuera a cambiar, y yo ocupaba la mayor parte del tiempo en recorrer las Ramblas de arriba abajo, desde la Plaza Cataluña hasta Colón, como si mediante estos largos paseos estuviera eludiendo lo que tenía que hacer, sentarme a escribir. Parecía que me hubiera quedado vacío durante esos primeros meses. Y ahora, ¿qué iba a hacer? Andaba con el periódico doblado bajo el brazo, estiraba las piernas en el Zurich y me complacía viendo a la gente que salía del metro. Poseído por una energía salvaje, también visitaba Montjuic, la Barceloneta, las tabernas del Barrio Gótico, como quien busca y desea encontrar desesperadamente a alguien, no importa a quién.

Ah, esa puta vieja y destrozada. Poseedora de dos caras, el dinero y la ilusión del travestismo. Barcelona no solamente me negaba su hospitalidad, la mínima para vivir y sentirme libre con los chulos del puerto, sino que el exceso de imágenes, de

monstruos, de travestis, de yonquis y jeringas con los que me topaba diariamente me había ido dotando de una suerte de ubicuidad, como la posibilidad de estar aquí y a la vez allá, mediante una carta escrita fuera del tiempo. Pero, ¿a quién iba yo a escribir una carta?... Llegué a creer en la extraña idea de una repetición, bastaba que viera a una de las ancianas en la calle Sau Pau, para que la identificara con usted, Anita. De modo que dejaba pasar las horas en las barras de los bares o haciendo breves visitas al mercado de San Antonio, mientras subía y bajaba incesantemente por el Paralelo como un inútil ejercicio para atenuar la angustia.

Ah, si supiera adónde quiero llegar, Anita. Si lograra transmitirle todas mis experiencias, el hecho de haberme convertido en un perro —en el sueño, por las noches, yo era un perro— que andaba correteando detrás de esa enloquecida multitud, de esos seres solitarios y ambiguos que invaden la noche barcelonesa. Pero, ¿adónde van a ir si no tienen otro refugio que los mingitorios o las sucias paredes del subterráneo para escribir sus desesperadas cartas inconclusas?

Hace una semana me llegaron noticias tuyas y fue un cronista del periódico, un actor fracasado y brillante, quien me comunicó que finalmente la han encerrado.

Y si ahora le escribo es porque el recuerdo de lo que construimos juntos es más poderoso que el olvido o la distancia, Anita. Inventamos entre los dos una ciudad, le dimos un sentido nuevo a sus calles y plazas, fuimos transformando poco a poco su topografía original. Nos bastaba ingresar en ese territorio común, creer en la existencia de un río con barcos y sirenas para que dicho río fuera real y tuviera de inmediato un nombre.

Porque fuimos usted y yo los que contribuimos a empujar las aguas de aquel río, torrencial y misteriosamente. Fue una tarea que requería grandes cantidades de tiza, de imaginación y paciencia. A veces la lluvia era tan fuerte que lo borraba todo y entonces debíamos comenzar de nuevo. La ciudad crecía y se edificaba sola bajo sus manos prodigiosas. Esa ciudad con el río que seguía su curso natural sobre las piedras mojadas del patio.

Me dicen que ahora es incapaz de trazar una línea recta en el aire, me dicen eso y no les creo, Anita. Me aseguran que le tiembla la voz y que sería incapaz de reconocerme. Supongo que es parte de la farsa. Pues a medida que uno se queda en un sitio, las cosas y las gentes se pudren, dice un golfo como Ferdinand, se pudren y empiezan a apestar, porque ¿quién no está podrido por allá? Los que la denunciaron deben de vivir atormentados por el miedo, la culpa y la vergüenza de haberla enviado a Conocoto.

En esa ciudad, pequeña y provinciana, las personas suelen tener un aire culpable y rencoroso. ¿Cómo no estar entonces podridos? ¿Cómo ha logrado usted escapar de esa condena, Anita? Si la culpa es como una enfermedad contagiosa, cuyo germen quizá se origine dentro del mismo útero de nuestras blandas, espirituales y bondadosas madres, ¿cómo se las arregló para seguir viviendo? ¿Y qué hizo para andar libremente por esas calles tan suyas, Anita?: si ahora saliera a dar un paseo no podría reconocerlas. Porque, todo hay que decirlo, también yo quise creer —fue un pensamiento pasajero— que si Ana La Torera iba vestida con esos encajes y esas medias rojas era porque estaba loca.

Desde la tapia que separaba mi casa de la calle Carvajal, la veía aparecer casi todas las tardes por detrás de un ciprés. Traía la cara brillante de sudor, se detenía un momento para comprobar si alguien la seguía. Así ha perdurado y así va a permanecer en mi memoria bajo las ramas de aquel árbol, Anita, con la capa abierta y el sombrero redondo en primer plano. Una tarde entró apresuradamente al patio, apenas la empleada le abrió la puerta. Hizo algo que yo no me esperaba: golpeó a un pollo que tenía dentro de su cartera, y aunque éste se defendía y aleteaba bulliciosamente tratando de saltar por debajo de su brazo, le cogió del pescuezo y lo lanzó al aire con tal violencia que fue a caer moribundo entre los geranios.

—Por las noches me van a golpear cacerolas debajo de la ventana —dijo, acomodándose el sombrero con un gesto a la vez brusco y delicado—. Quieren asustarme con pollos muertos y plumas desparramadas sobre el piso —agregó.

En esas tardes de calor, cuando la vida parecía simplificarse en el vuelo ebrio de una mosca, usted venía trayendo a cuestas todo el peso de su barrio, ataviada con espejos y pulseras. Venía cómodamente instalada bajo su capa y traía la voz de los charlatanes y el tufo de los conventillos, esa libertad que yo recién empezaba a descifrar. No dudaba de que mis padres quisieran lo mejor para mí, pero cualquier demostración de afecto era para ellos cosa de mal gusto. Por eso me sumergí en su mundo, Anita. Comprendí lo que era el orden cerrado y sofocante de una casa que marchaba sin mayores contratiempos. La disciplina y algunos retratos oscuros y severos que colgaban de la pared la habían convertido en una

casa triste. Hasta que vino usted, Anita. Mientras ahí adentro se esmeraban por mantener las cosas en orden, inesperadamente descubrí que nada de eso tenía que ver conmigo. Empecé a descuidar mis tareas escolares, vivía pendiente de sus historias. Una vez me contó que detrás de La Loma encontraron a un perro con un niño muerto dentro de sus tripas y que los vecinos decidieron enterrarlo al fondo de una quebrada oscura y fétida. Bruscamente algo se deshizo en mi interior. Reaccioné sin pensar y le juro que quise creerle, Anita: creer lo que me estaba contando, pero algo me hizo cambiar de idea y la verdad es que me comporté miserablemente. Quise irritarla hablando por mí mismo. Quise romper el hechizo al que me tenía habituado con sus palabras, repitiendo lo que había oído acerca de su locura, y en vez de callarme y seguir creyendo, como a veces he querido creer en Dios para sentirme menos solo, hice lo que nunca debí hacer, Anita. Concebí mi ofensa para que el miedo y la satisfacción de haberme expresado sonaran como una pequeña venganza y me devolvieran a una serenidad que desconocía. Cuando le dije que estaba completamente loca, usted me respondió sin ofenderse:

—¡Sólo falta creerse todo lo que le dicen! Ellos también se vuelven locos cuando sueñan.

Ah, si pudiera despojarme de las palabras, Anita. Si consiguiera transmitirle a la distancia un poco de esta fiebre con olor a chorizo, donde el aceite de oliva salta sobre la sartén y una fila de morcillas cuelga hace un cuarto de siglo del techo de esta taberna donde se escucha rock. Porque es aquí donde vengo a refugiarme cada mañana para contemplar con una copa de coñac el movimiento de las grúas junto al puerto, esos

animales de proporciones gigantescas que parecen haber salido del fondo del mar. A mi alrededor solamente hay fábricas abandonadas, torres altísimas construidas con la miseria del cemento y la premura, camiones que transportan bombonas de gas, obreros vencidos por el sueño, calles mal asfaltadas, cables extendidos a lo largo de las casas, negros y peludos igual que las patas de una tarántula.

Si consiguiera hacerle ver lo que hay al otro lado de la calle, Anita. Un cuerpo escasamente iluminado por la luz de un farol retorcido y herrumbroso. A primera vista podría haber sido una mujer, pero en cuanto lo veo temblar como una máscara corrupta en medio de la noche, descubro a un travesti. Ahora levanta el paraguas, hace señas para que los carros se detengan en la esquina, algunos reducen la velocidad, otros continúan la marcha. En su cara veo miedo cada vez que los faros se aproximan. Supongo que le disgusta bajar por las Ramblas, cuando los obreros limpian la calle con mangueras, y después entrar a tomar un cortado en el Bar London, sin haber obtenido lo que se propuso, la simetría del amor en la pieza de algún hotel del Paralelo. Si antes no aparece muerto por sobredosis o con el vientre abierto a navajazos.

Pero no me basta con registrar ciertas imágenes, como si éstas fueran el simulacro de una ciudad en movimiento, Anita. Desearía capturar algunos pormenores del pasado aunque esto suponga el límite del porvenir. Porque toda letra impresa no es más que la afirmación de un destino que se debate por salir a la luz. Por eso le escribo con humildad, Anita. Pero desearía aclarar que tal vez no poseo la memoria ni la exactitud para

consignarlo todo, aunque esté resuelto a aplicarme en ello durante esta fría mañana de noviembre.

Y ahora me dicen que una tarde apenas modificada por el rumor del viento entre las calles de la ciudad vieja fue tan imprevisible su aparición como la de un ángel caído del cielo, cuando envuelta en una amplia capa señorial usted se detuvo en seco en medio de la plaza, y adoptando un porte distinguido dio rienda suelta a su delirio y se proclamó, ante el asombro de quienes la escuchaban desde los portales, la única, la verdadera reina de la ciudad. Y me dicen que fueron unos muchachos vestidos con chompas de cuero y blue jeans ajustados, de los que llevan copetes relamidos para disimular su inocencia, quienes oyeron el programa —esos muchachos pendencieros, capaces de deshacer cualquier leyenda con tal de cobrar la suma de mil sucres ofrecida por un locutor si antes de una hora alguien llegaba con un personaje célebre a los estudios de Radio Centro—.

No me queda sino el privilegio de señalar y repetir, de calcular el instante justo en que esto ocurrió, ya que una acción semejante representaba un conflicto para la tradición de la ciudad, una ruptura con el frágil principio de libertad y fuga que usted, Anita, encarnaba tan rabiosa, tan dignamente. El caso es que, poco después de la merienda, la noticia de su secuestro se había regado por toda la ciudad. Me dijeron que lo que había empezado como un juego, acaso como una acción infame de algunos muchachos, acabó en denuncia —así que la anciana de piernas torcidas, la ridícula *vedette* que lucía flores en el sombrero y andaba con bastón, se había pronunciado en contra de quienes la favorecieron y disfrazaron durante todos

esos años—. Me cuentan que habló en tono monocorde, sin modificar ni detenerse a pensar lo que decía, como si recitara una exaltada, interminable amonestación. Supongo que más de una dama se sentiría aludida cuando la oyó hablar así por la radio, porque de pronto había dejado de ser la ociosa muñeca de trapo para convertirse en la voz acusadora de una mujer. De modo que lo que empezó como una bufonada popular se volvió un drama de casa grande, una denuncia sin precedentes en la historia de la ciudad, una confabulación según el Padre Adorno. En la radio dijo tantas cosas asombrosas, Anita. Con voz inflexible reveló lo que le había pasado en su viaje a San Francisco de California. Dijo que era vieja y tal vez se le escapaba algún detalle, pero a continuación confesó la historia de aquel negro que la había invitado a bailar una tarde remota en el calor de un verano asfixiante. Dijo que para entonces la familia Ruy Barbosa ya había empezado a ejercer sobre usted una nefasta, terrible influencia. La señora despreciaba a los negros, pero temía quedarse sola cuando el marido se iba de viaje, la sentía nerviosa y aceptaba en silencio sus ofensas, temía la posibilidad de una venganza si el negro se presentaba de nuevo en la casa. Pero usted cometió la imprudencia de nombrarlos y, por unos instantes, incluso dudó si debía seguir con la historia de aquel viaje tan prodigioso, tan excepcional como el recorrido que había hecho junto a los muchachos en el taxi. Hasta ese momento le concedieron el privilegio de representar un papel que en ningún caso habría aceptado si la miseria no hubiera contribuido a ello. Para algunos fue un divertimento, Anita, una especie de comedia que usted debía representar a cambio del arriendo de ese cuarto donde se pasaba

las horas remendando sus trapos, sus encajes, sus espumillas de novia vieja, su capa de terciopelo negro.

Pero me dicen, sin embargo, que en esa ocasión tuvo la osadía de arrimarse al micrófono para fustigarlos con una ferocidad sin precedentes. Y como si se hubiera quitado un peso de encima, como si se tratara de lanzar un guante oportunamente, usted se fue desprendiendo y hasta llegó a olvidar la importancia de algunos nombres que aún siguen escritos en planchas de bronce, en los monumentos, en las plazas, en las carcomidas páginas de la leyenda. Además me aseguraron que usted, una modesta ama de llaves que apenas consiguió acabar la escuela, hizo de la radio una tribuna desde la cual los enjuició, se burló y terminó imitándolos cruelmente. Declaró con una especie de atropellado acento de imitación francesa que había sido raptada y despojada de sus cosas. Al parecer el locutor quiso quitarle el micrófono, pero usted le dijo que debía avergonzarse de ello, puesto que a las claras se veía que era un complot del Padre Adorno.

Después de todo, Anita, usted sólo cometió el error de haber sido indiscreta, utilizó la radio para levantar una injuriosa plegaria contra las estatuas de una ciudad. Si yo hubiera estado allá y no en Barcelona, esta carta no tendría sentido. Ahora sé que fue una hazaña de su parte el haber removido mis recuerdos, al cabo de tantos años. ¿Se acuerda lo que me dijo acerca de aquel comerciante negro que solía frecuentar la casa de los Ruy Barbosa en San Francisco? En la radio aseguró que la llevaron a California para que se casara con un tal Mr. Daloween. Los Ruy Barbosa querían tener una empleada con marido, como si fuera la institutriz de una película inglesa. Pero

a medida que iban pasando los días, la señora se comportaba de una manera muy extraña apenas se le tocaba el tema. El tal Mr. Daloween no apareció nunca. ¿Por qué habría de venir a buscarla si ni siquiera sabía hablar su misma lengua?

Esta carta tal vez sea un pobre recurso para decir lo que todavía no se ha dicho. Me cuentan, Anita, que usted ya no es la anciana reina de la ciudad, aseguran que está loca, y que se pasa las horas sin hacer nada, indiferente, sin desesperar por el larguísimo plazo de su condena. Pero yo prefiero pensar que sigue intacta como cuando la vi entrar por primera vez en esa casa de estilo español que hoy día pertenece a la Universidad. Si ahora le escribo es tal vez porque usted fue capaz de contarme un cuento, el primer cuento de mi vida.

Y fue capaz de seducirme con sus palabras a la sombra de aquel cholán cubierto de flores amarillas, y si en algún momento se detenía era para contemplar con aire distraído la casa que se alzaba majestuosa al fondo del jardín. Después retomaba con obstinado fervor el hilo de la conversación. ¿Se acuerda, Anita? Así traspasaba el límite de su propia conciencia y se entregaba con un impulso ciego al delirio de sus fantasías. Solía venir caminando despacio por el filo de la vereda. Era como si no tuviese otro lugar en el mundo adonde ir ni otra razón para volver a la casa que la de refugiarse bajo aquel árbol y contarme algún incidente que hubiera presenciado entre sus vecinos. Desde el primer día acepté las reglas del juego, pues en el fondo parecía ser eso lo que esperaba de mí: que fuera un testigo mudo de sus desvaríos. Después empezó a venir casi a diario con sus zapatos de tacón alto, con las mejillas coloreadas y con un pollo vivo dentro de la cartera. Sus visitas no eran

casuales, en esas tardes de domingo y siesta obligada usted volvía una y otra vez sobre lo mismo. Y viajaba con su imaginación hasta dar con el recuerdo exacto del negro, en sus sueños, en su inicial locura.

Ahora me permito imaginarla planchando camisas o devolviendo el brillo a los zapatos del señor Ruy Barbosa mientras se le iba formando un vacío en el estómago. Me contó que estuvo a punto de morir cuando se vio a sí misma tirada sobre la cama, en el calor del verano y con la cara vuelta hacia la pared. Una lenta, exasperante invasión de cangrejos avanzaba por el piso. Supuso que estaba soñando, quiso apartar la vista de aquellos ojos protuberantes, oblicuos como la muerte. Casi hubiera podido tocarlos, me dijo, oler su podredumbre porque estaban tan cerca y tan lejos a la vez. Día tras día soportó, dolorosa y secretamente, la visión de aquella pesadilla.

El calor del verano, el aire salobre, la cercanía del mar eran los causantes de tanta impaciencia. Su cuarto quedaba en la planta baja y por la ventana apenas si entraba un poco de brisa. Forzada por las circunstancias a dar una vuelta, se encontró, más allá de los límites permitidos, con la señora Ruy Barbosa. Durante muchos años sintió por los cangrejos el mismo rechazo, el mismo horror que cuando la entrevió desnuda en la penumbra y estuvo allí para presenciar la satisfacción que ella mostraba al arañar la espalda del negro. Días después llegó el marido trayendo algunos paquetes, sacó vestidos orientales y quiso imponer allí mismo su deseo de verla agradecida y feliz. Desde luego aquello fue una provocación, un anticipo de lo que más adelante iba a ser el motivo del escándalo, la causa irrevocable de su perdición.

Muchos años atrás, en la casa de la Carvajal, ambos aprendimos a compartir el mismo patio, el mismo impulso creador de quienes edifican castillos en el aire. Fue ahí donde me contó cómo había sido su vida hasta ese momento. Mientras tanto, sus manos revolvían sin descanso una madeja dentro de una canasta. Rara vez me miraba a los ojos. Podía combinar perfectamente el hilo de la narración con esa labor para mí tan complicada. Me hablaba en un tono distante, en apariencia frío, sin pararse jamás a dar una explicación. Su voz iba adquiriendo una intensidad alborotada y confusa, al menos ésa es la impresión que todavía guardo de aquellas largas sesiones en las que usted conversaba y tejía. Ésta es una sensación que me ha seguido por muchos años, su voz alzándose como el grito de un ahogado, como una secreta adivinación de la muerte. Para mí aquello era una experiencia distinta y a la vez perdurable, aunque a veces caía en el exceso, en la trampa de una fertilidad tan devoradora que me dejaba exhausto. ¿Qué era lo que esperaba de mí, Anita? ¿Pensaba acaso que dejaría de creer en los cangrejos abrasados bajo el agua hirviente de sus pesadillas? Quizá fue ésta la razón por la que durante tantos años he olvidado la historia de aquella señora que parió un hijo negro, tan negro como el miedo que tuve cuando una noche la vi, alta y despreocupada, con su marido en el umbral de un cine, como si no creyera del todo en su intacta respetabilidad.

En todo caso, Anita, espero que esta carta inconclusa, escrita desde una taberna de Barcelona —un lugar perfecto para meditar, rodeado de vino y travestis que toman el aperitivo en la barra—, le sirva para refrescar algunos recuerdos. Porque usted irrumpió en mi infancia con el alborozo propio de los payasos,

los magos y los saltimbanquis. ¿Se acuerda cuando tuve la osadía de quitarle el sombrero y acabó confesándome que tenía una calva en la coronilla? Si escribir ya es de por sí un acto fallido, escribir una carta de amor a una vieja es como practicar una infructuosa respiración artificial. Arder con las palabras, escribir durante la noche, arder como si el lenguaje fuese un instrumento de comunicación. Pero ¿no sería mejor tratar de entender la vida y penetrar en ese orden del que creo tener conciencia en mis sueños, en las borracheras, frente a las playas de esta ciudad? Doce días estuve inmerso en el puro delirio, escribiendo a la luz del amanecer, mientras sospechaba que su locura podía ser la mía, Anita. De modo que esta carta no es más que una forma de llenar el vacío, de renunciar a la vida a través de la escritura, sin otro propósito que resucitar una época definitivamente acabada.

Espero que esta carta cumpla su objetivo y llegue a sus manos sin haber sido abierta —si no hay guardianes que fiscalicen el correo, si no va a parar al cesto de la basura por obra y desgracia de algún curandero sin escrúpulos—. Si las enfermeras todavía tienen un gesto de magnanimidad... Puede que el hecho de recibir esta carta no signifique gran cosa para usted, y sea apenas un puñado de papeles, una emotiva prolongación de mi mano que pretende resucitar con una indescifrable caligrafía lo que sin duda ya pertenece al pasado. Es posible incluso que no tenga ningún sentido, Anita. Y que sólo sea una forma de nombrarla y celebrar, a la distancia, un improbable acto de exorcismo con las palabras, con la esterilidad de la culpa y la limitación de quien sabe que no puede hacer nada... Debí suponer que el contenido de estos

papeles acabaría poblándose de hombres vestidos de blanco, de guardianes con músculos de acero, de enfermeras gruñonas, de sonámbulos que caminan con los ojos vacíos por los pasillos del sanatorio, de cuerpos agitados por violentas convulsiones, de piezas estrechas como las celdas de una cárcel, de gritos y susurros en noches de luna, de jeringuillas rotas y de orinales sin vaciar entre tanto sufrimiento. Igualmente, debí suponer, ¿pero qué es lo que debía suponer? ¿Que usted se pasa las horas sentada delante de los oxidados barrotes del sanatorio? No lo creo, Anita. Más bien presumo un ligero gesto de disgusto en algún médico, una especie de crispación nerviosa en el rostro de alguna enfermera cuando su imagen se va recortando nítidamente sobre las baldosas del piso. Me dicen que la vieron representar esa humillante, desesperada comedia de amor en la que interviene un antiguo vestido de novia, un círculo trazado con tiza alrededor suyo, para que a nadie se le fuera a ocurrir tocar sus perlas de cristal ni sus flores colocadas ordenadamente dentro de aquel territorio donde fue derramando gota a gota sus orinas, mientras se restregaba las nalgas con el tafetán blanco del vestido y los enfermos aplaudían fervorosamente y luego se dispersaban en dirección al comedor.

Para mí, para los que la conocieron y todavía la siguen recordando, una representación así constituye un éxito sobre la vigilancia de los guardianes. En la radio debió ocurrirle algo parecido. Le invadió de pronto una oleada de rabia exultante y abrumadora. Sufrió tal trastorno que consiguió arrancar el micrófono de las manos del locutor. Si bien todas las historias parecen haber sido contadas, Anita. Si ya nadie cree en la ilusión de las novelas por entregas, le aseguro que su historia

fue tan eficaz como la denuncia de un crimen. Miles de personas oyeron a través de la radio ese reclamo desgarrador, su voz trémula fue escuchada por las gentes más diversas, en las peluquerías, en los comercios, en los salones y en las oficinas.

De hecho, hay una sola historia posible, Anita. La única que cuenta a la hora de hacer un balance definitivo. Pienso que es la historia de uno mismo, elaborada a partir de los retazos y las sobras de un sueño, el sufrimiento y toda la mierda más o menos visible de los otros que con el tiempo nos afecta por igual a todos. La suya en cambio es una historia abierta, sin límites precisos en el amor por una ciudad donde, aparte de haberme tomado la libertad de registrar algún movimiento suyo sobre el papel, yo no he intervenido para nada.

Y me dicen que en cuanto entró a la radio cambió por completo de actitud. ¿Pensó acaso que era el momento oportuno para recorrer el escenario de las pesadillas que usted había vivido y que ahora quería deshacer laboriosamente? Al parecer, se armó un verdadero revuelo cuando usted dio por terminada la historia —una historia apenas modificada por el delirio— y confesó con una voz alterada por la emoción que la señora Ruy Barbosa tenía un hijo escondido. Una jugada magistral, Anita. Dijo además que se lo llevaron a la hacienda por ser negro. Y que lo tenían trabajando de tractorista. «Yo sé que me estás oyendo, vieja zorra —le gritó por el micrófono—. Quiero que ahora mismo me devuelvas la casa del centro, la que me quitaste utilizando tantas mañas... ¿Y al tal Mr. Daloween por qué tuviste que quitármelo? Eres una puta engreída, una zorra», acabó usted gritándole otra vez entre sollozos.

Bastó una llamada telefónica para que el director de la radio cortara de golpe el programa. Una simple llamada. Y con la desaparición silenciosa, casi inesperada de sus paseos por las calles de la ciudad hay algo que termina en las páginas de su historia parroquiana y triste. Sus habitantes debieron de asistir al derrumbamiento de una leyenda entre dos épocas, entre dos formas de entender el mundo. La una acaba con la condena de una dama, inquebrantable hasta el último momento. Una vida loca y errabunda, destinada a perderse en el vacío. ¿La otra comienza con el poder del oro negro?

Como si el Padre Adorno hubiera sido el eco de esta época, su comportamiento fue indignante. Dicen que lanzó un enérgico sermón contra el pecado de injuria y acabó leyendo una larguísima encíclica desde el púlpito de esa iglesia gótica hecha de cemento. Procedieron pues con suma rapidez. El alcalde exigió la inmediata reclusión en un sanatorio para quien había presentado síntomas de locura, aparte de haber levantado falsos testimonios contra el honor sagrado de ciertas familias que los abajo firmantes indicaban sumariamente ante el Señor Juez, para que se procediera a la mayor brevedad posible.

En todo caso, Anita, para muchos usted ha sido y seguirá siendo una voz alucinada.

En esta fría madrugada, Barcelona parece más fantasmal que de costumbre. Por encima de estas casas y calles y plazas desiertas oigo su voz desgarrada: es como si al fin hubiera alcanzado la eternidad. Pasa un travesti colgado por la heroína. Rostros sin expresión. Portales fétidos. Pasan mujeres gordas, banales, parecidas a las calles y a la mugre que me rodea. Y me pregunto, ¿qué va a ser de usted, Anita? Y me digo, poco antes

de irme a emborrachar, que un periodista irá hasta el sanatorio para entregarle esta carta. Seguramente será él quien acabe escribiendo la verdadera crónica de su vida. Y cuando le haya puesto esta carta entre sus manos, usted se preguntará de quién es. Así sea, Anita. En la certeza y en el olvido. Así sea.

